

¿CELEBRAR LA COMUNIÓN EXCLUYENDO A «ALGUNOS»?

por Jesús BURGALETA
Sacerdote secular
Profesor de Teología en el
Instituto Superior de Pastoral
Madrid

Comienzo a escribir este artículo en la tarde del Jueves Santo, con el corazón en la mano y la cabeza en el corazón. Tengo ante mí la Mesa de la Cena de despedida y, sobre todo, la actitud existencial de quien se despide, Jesús. Y me dispongo, con Jesús y la mesa de acogida, la cabeza en el corazón y el corazón en la mano, a pensar sobre la Eucaristía de nuestra Iglesia y sobre nuestra actitud con los «más» pobres, excluidos, marginados... y su acceso a la MESA.

-1-

Lo primero que contemplo en Jesús es que es «cuerpo entregado por vosotros» (Lc 22,19; 1 Cor 11,24), «por todos» (Mc 14,24). Y veo que la entrega de Jesús es universal, que no hace excepciones; no exige ni carnet, ni pasaporte, ni pureza de sangre, ni verificación de sexo (Gal 3,28-29). Dios no tiene caprichos respecto a las personas (Hch 10,34). Lo que me llama la atención es que su entrega pide entregarse; que esa entrega de Jesús no compagina bien con la traición (Jn 13,18-26); que participa del banquete el que es capaz de «beber» y

vivir ese destino de amar hasta dar la vida (Lc 22,28-30); que se sienta a la mesa el que se pone al servicio de los demás: se deja servir y sirve (Jn 13,8; Lc 22,27). Me alegra descubrir que lo que Jesús da en la mesa no es nada raro, ni sacral, ni puro, ni ritual, sino que es «su carne por la vida del mundo» (Jn 6,5 l). Come su carne el que se adhiere a este proyecto de Jesús (Jn 6,35), el que ha descubierto que la carne mata y el amor vivifica (v.63), el que va al fondo de la cuestión de Dios y del hombre y pone la verdad por encima de la institución (Mt 12,1-8), y al Espíritu por encima del culto (Jn 4,24), y el amor-misericordia por encima del sacrificio (Mt 5,23-24; 12,7). A mí esto me llena de gozo y me ensancha el corazón. A otros también. ¿Por qué les enfurece a algunos? Siempre les sacó de quicio (Jn 6,52.60-61.66). «¿No se van a respetar las cosas más sagradas?», se decían. Pero Jesús siguió, erre que erre: hay que mirar el corazón, no la apariencia (Mt 5,18-19); hacer el bien es lo que importa (Mt 11, 10. 12), «ser buenos como Dios, misericordiosos» (Mt 5,48).

-2-

Lo segundo que pienso es que Jesús es «integrador», no excluyente.

J/INTEGRADOR: Sin embargo, esta formulación me parece pobre. Es mejor decir: Jesús acoge a todos, pero antes a aquellos a

los que nadie acoge. «A los pobres se les anuncia el Evangelio» (Mt

11,5). Los «primeros» son los «últimos», los mínimos por «minimizados», los más frágiles. El que se cree «fuerte» es el

último

(Lc 22,27); el discípulo es el que se hace servidor del más insignificante de los siervos (Mt 24,45-47). El que pretende hacerse

más que el otro ha roto la dinámica del banquete de la comunión y

ha quebrado el seguimiento de Jesús (Mt 18,6-10). ¿No se ha celebrado en este Jueves Santo, en el corazón de la Cena, el lavatorio de los pies de los más pequeños?

A Jesús le interesan, ante todo, los enfermos; los sanos ya se las

arreglan ellos solos (Mt 9,12). Le preocupan los pecadores: se supone que «los justos» ya están cerca de Dios (Mt 18,13-14). Presta atención a los leprosos, tan excluidos, a los que nadie quería

(Lc 17, 11 ss). Le desvelan los que están lejos: los de cerca ya están en el redil (Lc 15,7). Tiene predilección por los más pequeños

(Mt 18,3-5; 25,40)...

Me divierte cómo trata Jesús a la adúltera, aunque fuera adúltera

(Jn 8,2ss); y a la samaritana, aunque hubiera tenido tantos maridos,

a la que ofrece «beber» (Jn 4,10.15); y a la pecadora pública, aunque los comensales se escandalizasen (Lc 7,36ss). ¿Se puede

imaginar alguien la cara de los «puros» cuando Jesús les dice que

en el Reino de Dios les van a preceder las prostitutas? (Mt 21,31-32). La misma cara que puso el hijo mayor, tan formal, cuando descubrió que el «padre» estaba celebrando un gran banquete con el «hijo perdido» que había retornado a casa (Lc 15,20-32).

No me extraña que a Jesús le llamaran «comilón», «borracho» (Mt

11,18-19; Lc 7,34), «amigo de publicanos y pecadores» (Mc 2,16),

porque se relacionaba con gente de muy mala ralea, de mal vivir y de peor fama. ¡No eran buenas compañías para un enviado de Dios! Me pregunto cómo tuvo Jesús tanto coraje para enfrentarse a una sociedad tan cerrada. Comía con los amigos de Mateo -pecadores y publicanos- (Mt 9, 10); entró en casa de Zaqueo y también comió con él (Lc 19,1-10); frecuentaba la mesa de aquellos con los que «¡con éstos, ni sentarse a la mesa!». Ofreció el banquete del Reino a todos; primero a los más necesitados. Dio de comer a los que le seguían hambrientos (Jn 6,5-7). Abrió las puertas del banquete a los pobres de cuneta, cojos de caminos, ciegos de esquina; a todos aquellos despreciados por los «importantes» que no acudieron a la invitación (Lc 14,15-24; Mt 22,1ss). Antes de que Buñuel filmara su famoso banquete en Viridiana, Jesús había diseñado, en serio, la comida escatológica; esa comida ofrecida a «éstos» era la obra de Dios, su misma presencia en el mundo. Además, para que nadie encontrara obstáculos inventados por los hombres para poder acceder a Dios, Jesús pisotea «la ley de lo puro y lo impuro»: ¡esa barrera infranqueable para los excluidos!, ¡esa ley que los puros guardaban escrupulosamente mientras asesinaban a Jesús! (Jn 18,28). El Nazareno deslegitima esa ley (Mt 15,2ss; Mc 7,1-7) y se comporta violándola y transgrediéndola: se deja tocar -sólo eso contaminaba- por la pecadora (Lc 7,39), por la mujer con flujo de sangre (Mt 9,18-22); más aún, él mismo toma la

iniciativa y toca al leproso (Mt 8,3) o se encamina a casa del extranjero (Mt 15,21-28; Lc 7, 6-8).

-3-

Cuando me estoy recreando en que Jesús abre la puerta a todos, me doy cuenta, al mismo tiempo, de que no es tonto ni ingenuo ni se chupa el dedo. ¡Eso es lo que hubieran querido los que le rechazaban!

Es verdad, Jesús acoge a todos en la comunión de su mesa. Pero hay que añadir: a condición de que todos los que se sienten a

su mesa estén en comunión. Porque lo que Jesús busca, ante todo,

es el bien del otro: si está esclavizado, que se libere; si está roto,

que se reconstruya. Por eso pide fe, conversión, vida nueva (Lc 7,36ss; Jn 8,2ss; Mt 21,32).

El «principio misericordia» no es un coladero, un «todovale». La misericordia es conmoverse ante la situación del otro y hacerle el

bien. Si lo que el otro necesita es cambiar de vida, la misericordia

ayuda a que la vida se transforme. Pero la misericordia no «excluye», sino que ayuda a cambiar si es necesario; no «excomulga», sino que llama a la comunión y ofrece, si es preciso,

un camino-ayuda para llegar a ella.

Y así es como ocurre. Mateo, el publicano, le sigue, respondiendo

a su llamada (Mt 9,9); Zaqueo da la mitad de sus bienes y se sienta

con Jesús a comer (Lc 19,7-9); la pecadora sale de su situación porque ama mucho (Lc 7,38.44-50); los excluidos se sientan a la

mesa, porque han abandonado los caminos y han entrado en la sala del banquete (Mt 22,10).

A Jesús no le entra en la cabeza que haya gente «con cara»:

que se sienten a la mesa y no sean cuerpo entregado (Jn 13,8); que beban el cáliz y no participen de su mismo destino (Lc 22,20.28.30); que estén entre los discípulos celebrando la comunión y sean unos traidores redomados (Lc 22,21-22); que se pongan a compartir el pan eucarístico y no compartan nada en la vida y, además, no estén haciendo otra cosa que aprovecharse de los demás (1 Cor 11,20-21). Esto no vale. Todo el mundo sensato sabe que esto no es.- Hay que jugar limpio. ¿Cómo se puede participar en el banquete sin llevar «el traje de fiesta»? (Mt 22,11). ¿Quién podría conjugar eucaristía e injusticia; eucaristía y sentimientos de superioridad; eucaristía y poder de dominación; eucaristía y violación de los derechos humanos; eucaristía y no compartir, o acumulación y apropiación; eucaristía y venta de sí mismo; eucaristía y corrupción; eucaristía y relacionarse con el otro como si fuera un objeto; eucaristía y falta de solidaridad con los pueblos crucificados ... ? Pero, una vez que he escrito esto, no quisiera precipitarme. Porque, desde esta perspectiva, muchos se sienten legitimados para decir: «¡A éstos, a éstos y a éstos hay que excluirlos de la comunión eucarística!». ¡Cuidado! Habrá que discernir nuestros criterios. Tendremos que ser cautos. «No juzguéis y no os juzgarán; porque os van a juzgar como juzguéis vosotros, y la medida que uséis la usarán con vosotros» (Mt 7,1-2). Es que ya sabemos todos que se forman juicios previos -prejuicios-, juicios temerarios y juicios precipitados de los que luego hay que arrepentirse. Lo avisó Jesús: «cuidado con arrancar la

cizaña antes de la siega, nos podemos equivocar y arrancar trigo creyendo que es cizaña» (Mt 13,27-30: la cizaña se arrancará al final; y los encargados de hacerlo serán los ángeles, no los hombres).

El problema que nos debe mantener cautos está en si sabemos o

no qué es estar en comunión y quién está de verdad en comunión,

quién puede acceder a la mesa eucarística.

¿Quién determinará qué es lo que «excluye» y hace que uno haya salido de esa situación? No sea que la medida del «salir» sea

que el otro «se haga como yo»... ¿Y cómo soy yo?. « ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra

para ganar un prosélito y, cuando lo conseguís, lo hacéis tan desgraciado como vosotros!» (Mt 23,15). Que nadie se llame a engaño: esto se da.

¿A quién hay que negar el acceso a la mesa del Señor? «¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el

Reino de Dios. Porque vosotros no entráis, y a los que están entrando tampoco los dejáis» (Mt 23,13).

¿Quién es el que vive de acuerdo con el Espíritu de Jesús?

Habría que recordar, para aprender, que los judeo-cristianos excluían de las comidas fraternales a los incircuncisos, porque creían que la fe en Jesús les obligaba al cumplimiento de la ley de

Moisés. Pablo, sin embargo, cree que no. Y denuncia a Pedro porque, coaccionado por aquéllos, no se atrevió a comer con los incircuncisos. Tuvieron que celebrar la reunión de Jerusalén para

llegar a esta conclusión: hay dos caminos diferentes, queridos por

Dios, que hay que respetar sin excluir a nadie y sin romper la comunión (Hch 15,1-29; Gal 2,11-14).

Con esto del excluir hay que tener sumo cuidado. Porque, por ejemplo, los que estaban contra Jesús decían que «comía con los pecadores», a pesar de que los pecadores habían dejado de serlo -por eso comían juntos-. En este caso, ¿quiénes eran los «pecadores»: los que comían con Jesús o los que le acusaban de comer con ellos? ¿Y qué significaba para esos «santones» ser pecador? Siempre me estremece la clarividencia de los profetas cuando echan en cara a los piadosos oficiales -que sostienen, organizan y legislan sobre el culto- su práctica de acudir a las fiestas y sacrificios de comunión con desamor, opresión, explotación y hasta con las manos manchadas de sangre. Y éstos son los que imponen «el orden» (Is 1,10-17; 29,13-14; 58,1-8; 59,2-4; Am 4,1-5; 5,21-27).

Si alguien quiere discernir acerca de quién puede participar en la eucaristía, debería tener presentes estos criterios:

* Si Dios mira el «corazón», nosotros no tenemos derecho a emitir un juicio mirando sólo la «etiqueta».

Hay que poner la atención en lo de «dentro», no en lo de fuera. Lo exterior puede equivocar: «hay gente que me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mt 15,8). «El interior no engaña nunca: lo que viene del corazón... es lo que mancha al hombre» (vv. 18.20). «Dad lo de dentro... y así lo tendréis limpio todo» (Lc 11,4 I). No sea que lo de fuera esté blanqueado, y lo de dentro lleno de corrupción (Mt 23,27-28).

* No se puede confundir lo que Dios quiere con lo que nosotros

organizamos.

Porque se puede dar el caso que provoca la advertencia de Jesús: «en nombre de vuestra tradición habéis invalidado el mandamiento de Dios» (Mt 15,6). O aquello que se dice en los Hechos: «Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú profano e impuro» (10, 14.28-29).

Veo que en nombre de formas culturales, sistemas filosóficos, modos humanos de organizar la vida, estructuras opresoras de unos sobre otros, se está invalidando el mandamiento de Dios, que

tengo entendido es sólo uno: «amarás a Dios... y amarás al prójimo

como a ti mismo» (Mc 12,29-31) « ... no hay otro mandamiento mayor que éstos» (v. 3 l). Con esto se cumple la ley entera y los

profetas (Mt 22,40). Donde hay esta realidad del amor, hay comunión, se puede celebrar la comunión.

Creo que nos tendríamos que hacer, en el mismo corazón de la Eucaristía, la misma pregunta de Mateo: «¿Se puede saber por qué

os saltáis vosotros el mandamiento de Dios en nombre de vuestra

tradición?» (Mt 15,3). ¿Acaso tendremos que reconocer también

que «la doctrina que enseñan son preceptos humanos»? (Mt 15,9;

Is 29,13).

* Hay que dejarse de teorías y mirar a la vida práctica. «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,20); «los árboles sanos dan buenos frutos» (v. 17).

El «prójimo» no es ni el sacerdote ni el levita, sino el samaritano

que es capaz de hacerse cargo del hombre herido y abandonado (Lc 10,25-37). Este prójimo, verdadero prójimo, es el que se puede

sentar codo con codo a la misma mesa.

Porque tener fe es recibirla en el corazón y ponerla por obra (Mt 7,24). «Estar en comunión» es vivir ese amor práctico que hace el bien al que ahora lo está necesitando junto a mí. ¡Esto lo sabe toda la gente, menos los que no queremos enterarnos! El amor práctico lleva incluso a comprometer algo de sí por los demás (1 Jn 3,16; Jn 15.13), «no con palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad» (v. 18), es decir, «no cerrando las entrañas al que pasa necesidad» (v. 17; St 2,14-17).

Y en este caso, «si nos amamos mutuamente, Dios está con nosotros -Dios es amor (v. 8)-, y su amor está realizado en nosotros... estamos con él, y él con nosotros» (1 Jn 4,12-13.16).

La comunión con Jesús es dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, visitar al preso, acoger al drogadicto, integrar como legítimos a «los diferentes». «Cada vez que lo hicisteis con esos más humildes, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40-45). El que hace esto

¿no va a estar en comunión con Jesús y con nosotros?

«Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato» (Hch 10,34-35).

Por lo tanto, nada de golpes de pecho, sino la voluntad de Dios (Mt 7,21); lo demás es pérdida de tiempo y culto inútil (Mt 15,9).

El compendio del Sermón del Monte es la regla de oro del comportamiento y el discernimiento: «En resumen, todo lo que querríais que hicieran los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos, porque eso significan la ley y los profetas» (Mt 7,12). Pero entre nosotros hay personas, incluso muy señaladas, que

sólo aceptan sentar a su mesa eucarística a los «iguales»; de ningún modo a «los diferentes». Lo «diferente» les pone nerviosos, les enerva, les pone enfermos; es como si se sintieran aludidos (Mt 21,43). Reaccionan como los discípulos ante los que no eran como ellos, pero hacían lo mismo: «hemos intentado impedirselo [que expulsara demonios en nombre de Jesús], porque no anda con nosotros». Pero Jesús les dijo: «No se lo impidáis» (Mc 9,38-39; Lc 9,43-50). Con los años, Pedro es más sensato y reconoce: «Si Dios les ha concedido [a los no judíos] el mismo don [Espíritu] que a nosotros, que hemos creído en Jesucristo, ¿quién era yo para poner obstáculos a Dios» (Hch 11,18). Los que no asumen en la comunión «lo diferente» van buscando una eucaristía «clónica», en la que, de un modo narcisista, «el otro» no sea sino la imagen de uno mismo. ¡Vaya gracia... ! Así todo el mundo viviría en comunión (Mt 5,46-48). Pablo denuncia los conflictos de esos «diferentes» (1 Cor 1, 10- 13) que no son capaces de sentarse en comunión en tomo a la misma mesa (1 Cor 1, 17-19).

Recuerdo en este Jueves Santo que quien invita a la Cena de Despedida es aquel que los representantes de Dios y del orden establecido (político, social, económico, religioso ...) tuvieron por raro (Jn 7,48), tramposo (Mt 12,22ss), sedicioso (Lc 22,2-14) y blasfemo (Mc 14,64). Todos ellos lo declararon «diferente» y lo expulsaron de la vida, le quitaron la silla de la mesa de la convivencia, lo apartaron de su lado... ¿Puede quien excluye celebrar la comunión con el excluido?

Si alguien desde fuera nos echara un vistazo -¡y nos lo echan!- y

viera cómo nos comportamos, seguro que se llevaría las manos a la cabeza y exclamaría: «¡Jesús, Jesús!». En el corazón mismo de la Cena se sigue manteniendo el eco de aquellas palabras: en las naciones, en las culturas, en los sistemas, se comportan de no buena manera. «Pero no ha de ser así entre vosotros; al contrario ... » (Lc 22- 26).

-4-

Esta especie de soliloquio en favor de toda comunión posible, sin exclusión, me lleva a pensar que muchas de nuestras prohibiciones no son sólo un problema de «desamor». Si así fuera, se solucionarían con «algo más de capacidad para querer a Dios y a los seres humanos». Tengo para mí que no pocos comportamientos son de «injusticia», no de desamor. (Aunque el que no es justo ama, y el amor sobrepasa toda justicia (Mt 20,13-16). Como miembro de la mesa eucarística, quiero preguntarme si nuestras «exclusiones» no se deben a que no respetamos los derechos humanos fundamentales. ¿Estamos violando los derechos humanos en torno a la libertad de elección, la fe, el sexo, las peculiaridades raciales, los afectos y las relaciones? ¿No atropellamos el derecho a la igualdad? Es cierto que nos podemos justificar diciendo que somos hijos de nuestra cultura. Pero no es menos cierto que hoy, entre nosotros, tenemos la posibilidad de realizar, con responsabilidad y riesgo, otra cultura diferente (quizá no menos farisaico que la anterior, es

verdad... ¿Por qué nos aferramos a la vieja cultura, que excluye a tantos de la comunión, y no nos abrimos a otra cultura que nos capacite para una mayor integración? Sé que los escribas y los piadosos encuentran mil razones para mantenerse aferrados a sus posiciones. Saben componer mil matices y disquisiciones. Podrían escribir una biblioteca especializada en casuística y soluciones equilibradas y sibilinas. También sé que Jesús no hizo mucho caso de la casuística y que siempre se planteó llegar al fondo de las cuestiones (Mt 19,14ss; Mc 2,18-22; Lc 5,33ss; Mt 12ss; 15,2ss; 19,3.16; 22,15ss; 23,1ss). Él sabía que, mientras se discutía si se podía en sábado sacar de un pozo a quien hubiera caído en él, éste podía ahogarse. Lo que hay que hacer es sacarlo ya (Mt 12,11-13; Lc 14,5-6). ¿Seguiremos siendo personas perdidas por los vericuetos de las doctrinas, preocupadas por las minucias del diezmo y «pasando por alto la justicia y el amor de Dios»? (Lc 11,42). Lo que pertenece a la justicia no entra en la categoría de la misericordia; se sobrentiende. Lo que en la Iglesia se excluye de la comunión por cerrazón, ignorancia culpable, incapacidad voluntaria, por error sostenido, injusticia, violación de derechos -habrá un tiempo en que situaciones humanas que no se entienden, o no se quieren entender, se entenderán, y entonces habrá que pedir perdón después de haber causado tanto sufrimiento a las personas-, es contrario a la mesa eucarística. Mesa de comprensión, diálogo, apertura; de ponerse en el lugar del otro y hacerse cargo de él; de reconocimiento, fraternidad e igualdad. Todo lo que viola los derechos humanos viola el derecho de

Dios. Y

si hubiera dudas, lo que es vejatorio para las personas hay que resolverlo siempre en favor del ser humano, no en beneficio de las

ideas, de los principios o de los sistemas. ¿No hemos olvidado ya

que en nombre de Dios se puede llegar incluso a matar al hombre?

En nombre de Dios, el Viernes Santo, mataron a Jesús (Jn 19,7).

«Llegará el día en que os maten pensando que así dan culto a Dios» (16,2).

* * * * *

Y al terminar este artículo, cuando se ha echado ya la noche sobre el Jueves Santo y está a punto de despertar ese Viernes en el

que Jesús murió para «reunir a los hijos de Dios dispersos» (Jn 11,52), mientras tantos hermanos siguen en vela en torno al Monumento, voy dándole vueltas en mi corazón a la eucaristía y la

comunión con los hermanos de otras confesiones cristianas; a la eucaristía y la comunión con los discapacitados; a la eucaristía y la

comunión con personas psicológicamente enfermas; a la eucaristía

y la comunión con los marginados; a la eucaristía y la comunión con

los extranjeros; a la eucaristía y la comunión con los divorciados que

vuelven a vivir en pareja; a la eucaristía y la comunión con los que

tienen un comportamiento sexual y afectivo diferente; a la eucaristía

y la comunión con los pueblos excluidos de los bienes necesarios

para vivir...

Cuando recorro todo este paisaje humano y contemplo a la vez las eucaristías que celebramos, miro al Monumento y se me transforma en el Huerto de los Olivos. Ahí, el corazón de Cristo (y el de tantos discípulos) entra en agonía y hasta suda sangre de comunión en favor de los excomulgados por falta de justicia y por carencia de amor (Lc 22,44-45).

JESÚS BURGALETA
SAL TERRAE 1995, 5. Págs. 367-376

.....

SOBRE ESTE MISMO TEMA

Una exposición honda y fundamentada de la Eucaristía puede encontrarse en la obra de M. GESTEIRA, *La Eucaristía, misterio de comunión*, Sígueme, Salamanca 1992.

A nivel más sencillo y pedagógico, puede verse: R. CABIÉ, *La misa, sencillamente*, CPL, Barcelona 1994.

Un estudio, breve y profundo al mismo tiempo, es el de J.A. PAGOLA, *La Eucaristía, experiencia de amor y de justicia*, Sal Terrae, Santander 1990.

De los «Cuadernos PHASE» son recomendables los números siguientes:

49: El arte de bien celebrar.

52: Liturgia y vida espiritual.

54: La Iglesia celebrante y su teología.

58: ¿Dónde celebramos?

60: Los domingos sin sacerdote.

También es recomendable J. Llopis, *La escucha de la palabra*, CPL, Barcelona 1994